

conocimiento; conducido á México le fué formado el proceso de sus delitos y sentenciado á la horca murió en el patíbulo.

### EL SANTUARIO DE CHALMA.

En el límite de los Estados de México y Morelos está ese Santuario, rodeado de elevados cerros, barrancas profundas y hermosas arboledas, entre las cuales hay frutales aunque silvestres, siempre frondosos por las humedades de las laderas y del río; las raíces aparecen por entre las rocas acantiladas á grande altura, entrelazadas cual si quisieran impedir los derrumbes. Mucho hay que ver y admirar en aquel sitio, donde reina augusto silencio y reposo que se comunica á cuantos llegan allí para levantar su espíritu al Señor; el apacible murmullo de las aguas que se deslizan entre las peñas, el suave susurro de las hojas que de los árboles arranca el viento, el gorgear dulcísimo de los pájaros, imprimen en el ánimo melancolía; los árboles y los riscos con sus sombras prolongadas, el verde oscuro de los bosques y malezas, todo contribuye á recoger el espíritu en aquellos magníficos lugares.

Es hermoso el aspecto de la barranca tan áspera y fragosa; el camino por cualquiera parte es montuoso, con subidas y bajadas, pedregales y derrumbaderos por todos lados, molesto especialmente en tiempo de lluvias, en las diez y ocho leguas que se salvan ahora desde México hasta Ocuila y dos de cañada pedregosa al Santuario de Chalma. Entre precipicios y cantiles se baja hasta el pueblo de Chalma ó Chalmita y todavía mas se descende para llegar al Santuario, que no se vé hasta que se está casi en él.

El pueblo de Chalma, garganta ó entrada al Santuario, es célebre por el Santo Cristo que lleva su nombre, encontrado en una de las cuevas de ese lugar, muy concurrido en las Pascuas de Navidad y Espíritu Santo, primer viérnes de cuaresma y día de San Agustín; preséntanse muchos devotos de tierras lejanas aunque hayan tenido que atravesar caminos quebrados y trabajosos, careciendo aun de los mas indispensables recursos. Al abrir los peregrinos sus corazones en presencia de la imagen reverenciada, óyense allí súplicas muy reverentes, oraciones fervorosas y sencillas con que piden al Señor el alivio en los trabajos y el consuelo en las calamidades.

El asunto de la aparición del Señor de Chalma, fué tratado extensamente por cuatro escritores distinguidos, tres de la Orden de San Agustín: fray Juan de Magallanes, que fué prelado del convento de Chalma; fray Manuel Gutierrez, Procurador en Roma; el maestro fray Diego Aguiar, provincial y el Padre Francisco Florencia de la extinguida Compañía de Jesús.

El visitante á ese Santuario siéntese movido por piadosos afectos, su corazón se ensancha á impulso de las mismas emociones extraordinarias que abrigan los

que visitan antiguos Santuarios en Europa. La tradición es la base principal en que se funda la narración de lo que al de Chalma se refiere, remontándose hasta el año de 1539; esa tradición se conserva principalmente en Ocuila y Malinalco, pueblos vecinos de Chalma; pero las principales noticias fueron acumuladas por el religioso fray Juan de San José, custodio vigilante del Santuario por espacio de cuarenta años.

Los indígenas de Ocuila y su comarca eran idólatras y rendían ciega adoración á un ídolo cuyo nombre se cree que era *Ostotoctéotl*, nombre que significa: *El Dios de las Cuevas*. En la distancia que media entre Ocuila y Malinalco, pueblos que debieron su conversión á los religiosos agustinos, hay una barranca casi de Norte á Sur, frondosa cañada poblada de arboledas y altos riscos de una y otra parte, extendida desde Ocuila, casi á dos leguas de Chalma; por ella se desliza un río no muy caudaloso, pero con precipitado curso sigue el fondo de la quiebra hácia el Sur, creciendo su caudal con las corrientes que brotan del pié de la ladera en que están las cuevas. Una de éstas, fabricada por la naturaleza en forma de bóveda, tiene su frente al ocaso, y limitan su horizonte varios cerros empinados que corren formando una muralla; por el lado del Norte la cercan ásperos riscos y peñascos abiertos de arriba abajo, con muchas hendiduras que parecen el resultado de algun fuerte temblor; rodean esa cueva multitud de árboles y de plantas silvestres que produce toda la barranca, en la que viven bien las fieras y se crían víboras, escorpiones y alacranes, al abrigo de una fuerte temperatura.

En esa hermosa y pintoresca cueva, habían erigido un altar los indígenas de la provincia de Ocuila y tenían colocado aquel famoso ídolo, al cual ofrecían incienso y perfumes en vasos de barro, corazones y sangre de tiernos niños y de seres irracionales. Era muy grande la devoción que por el ídolo sentían los gentiles, concurriendo enorme cantidad aun de remotos climas, para presentarle víctimas y pedirle favor y auxilio. Algunos años despues de la conquista continuaban aun en ese culto bárbaro.

Las órdenes franciscana y dominica no habían podido abarcar toda la vasta extensión de Nueva-España para combatir la idolatría, y se presentaba en las provincias de Ocuila y Malinalco la grande dificultad del idioma *ocuilteco* que fué el mas raro en estas tierras, hablado allí solamente; asegura el Maestro Grijalva que se habían establecido los ocuiltecos ochenta años ántes de la conquista, por lo que no contaban mas que ocho pueblos, uno de los cuales era Chalma, del que tomó su nombre el Santuario que dista casi un cuarto de legua de este punto.

El año de 1537, á los cuatro de haber llegado á Nueva-España los padres agustinos, se presentaron dos de ellos en el pueblo de Ocuila, la víspera de la Pascua de Espíritu Santo, y tomaron á su cargo la doctrina de toda aquella provincia; llamábanse los misioneros, fray Sebastian de Tolentiño y fray Nicolás de Perea; convirtieron á multitud de infieles y predicaban con fervor; los neófitos ocuiltecos dieron informes á los padres acerca de la cueva y del ídolo que en ella se adoraba, refiriendo los impíos sacrificios y sangrientas abominaciones que allí cometían los que con-

tinuaban en la idolatría. Guiados los religiosos por los mismos naturales, se dirigieron desde luego á la barranca; con grande trabajo llegaron á la cueva entre la salvaje espesura del bosque en que habia otras grutas y presenciaron el repugnante sacrificio y las demás impiedades. Ante estos hechos el religioso mas diestro en el idioma ocuilteco, comenzó á predicar con tal ardor y con tan persuasivas palabras, que algunos indígenas se convencieron de que aquel ídolo no era dios; tambien les explicó los principales misterios de la Fé, repitiendo lo que en otras muchas pláticas les habia sido predicado.

La gran mayoría de los indígenas mostrábase renuentes á dejar sus creencias y abandonar la adoracion de los ídolos, herencia de supersticiones legada por sus antepasados. Los religiosos agustinos insistian en que el ídolo fuera derribado y que en su lugar fuese colocada la cruz; el padre Perea les prometió que «quitada esa piedra de escándalo, pondria en su lugar una imagen de Jesucristo, hijo de Dios, que representa al vivo lo que padeció por salvarnos,» para que lo adoraran y reverenciaran. Los indígenas temian el castigo de sus dioses y seguian resistiéndose á abjurar de las creencias de sus mayores; pedian tregua para pensar en asunto de tanto peso, cual era mudar de religion y culto, cuando tantos años habia que vivian en las mismas creencias de sus antepasados, y terminaron por solicitar un plazo para responder con madurez; accedieron los religiosos y se retiraron á Ocuila, con objeto de meditar con mas detencion, lo que se debia ejecutar para acabar la tenaz resistencia de los gentiles.

Volvieron á predicar en ese pueblo contra el ídolo y tornaron á los tres dias con los ocuiltecas á la cueva, para colocar la cruz en el lugar en que estaba el ídolo, llevando el padre Perea una cruz á costas, en las dos leguas que la cueva dista de Ocuila. Al llegar encontraron la imagen de Jesus crucificado, puesta en el mismo sitio en que habia estado el ídolo que yacia derrumbado en el suelo y reducido á fragmentos; sirviendo de apoyo á las plantas de la imagen de Cristo, y el altar y pavimento de la cueva alfombrados con variadas y exquisitas flores. Asombrados quedaron los indígenas; el Padre Perea aprovechó la oportunidad para hacerles notar que ya habia acontecido lo que les tenia anunciado, explicó lo que significaba aquel crucifijo que reemplazaba al horroroso ídolo, les dijo que Aquel Hombre se habia sacrificado voluntariamente por los demás y sin la violencia con que eran inmoladas las víctimas ante los ídolos. Los malinaltecas, chalmatecas y ocuiltecas, no podian comprender desde luego lo que se les referia, pero sí concieron que nada valia Ostotoctéotl cuando yacia postrado á los piés de la imagen de Cristo; nada pudieron ya esperar de su ídolo tan débil, en quien habian vinculado sus esperanzas y cuya proteccion habian invocado por el culto y las adoraciones; consideraron que si hasta crucificado habia esos portentos, qué seria con su virtud y su poder el Dios que se habia hecho hombre para convertir al pecador y facilitar la vida eterna. El poder de los falsos dioses venia, en consecuencia, á reducirse á engaño y mentira, siendo tan solo fuerte aquel en cuyo nombre les predicaban los religiosos agustinos.

*Descripcion de la imagen y del templo.*

La presencia de la imagen llama la atencion desde luego que se la mira: la posicion en la cruz, la inclinacion de la cabeza, las llagas, las dolorosas señales de los azotes, las cárdenas impresiones de las ligaduras, la purpúrea sangre que brota de las manos, piés y costado, desprendida en hilos desde la frente coronada de espinas, todo impresiona y admira. Es proporcionada la distribucion de su estatura, tiene compensados sus miembros, la cabeza cae naturalmente y el cuerpo carga sobre los piés vencido por el peso. El rostro acardenalado y entumecido, la frente ceñida hasta los ojos con la corona de espinas, la cerviz doblada y la cabeza inclinada hácia el lado derecho, la mirada quebrada, afilada la nariz, la boca entreabierta, en una palabra, el conjunto presenta el aspecto de un cadáver reciente; las espaldas aparecen lastimosamente descarnadas, hasta descubrir las costillas, grumos de sangre ennegrecida resbalándose de las llagas, dan á entender que están todavía sensibles y adoloridas; en toda la imagen no se encuentra parte sana desde la punta del pié á la cabeza, poderoso aliciente para la devocion, respeto y compasion que infunde entre tantos devotos que constantemente visitan el Santuario; la imagen está ennegrecida, por la enorme cantidad de candelas encendidas que le han ofrecido.

Los indígenas fueron abrazando la religion cristiana, hasta la mas ferviente devocion, segun lo demuestran las grandes caravanas de peregrinos que de cortos lugares y largas distancias concurren á implorar misericordia; entran al templo con fervor y ternura, entonan cánticos y alabanzas al ofrecer sus votos; cuando regresan á sus pueblos, conducen porcion de copias del Cristo del Santuario; llenan los altares de flores y frutas silvestres, que conservan como reliquias santificadas; sollozan y suspiran acompañando sus afectos con piadosas exclamaciones; llevan alegres músicas y danzan en presencia de la imagen; al despedirse para retornar á sus hogares hacen dolorosos extremos, lloran y claman y al salir no vuelven las espaldas retrocediendo con pasos lentos hácia la puerta, donde aun no enjugan el llanto que han derramado como prueba de sinceridad.

Aquel sitio lleno de cuevas en la época gentilica, donde tantas abominaciones cometieron los idólatras, fué elegido para residencia de una congregacion de ermitaños, retirada del mundo. Aunque al principio no hubo allí hospicio ni casa alguna en que habitaran los peregrinos, no faltaban devotos y en los dias de fiesta iban los agustinos á celebrar misa, á la que asistian indígenas y españoles de Ocuila y Malinalco. Así pasaron mas de sesenta años, aumentando la fama de aquel lugar, hasta que el hermano fray Bartolomé de Jesus María, de la Provincia de San Agustín de México, fijó en el Santuario su habitacion con licencia de sus preladados, y con

las limosnas que le daban espontáneamente, labró una casa para hospedar á los peregrinos, con piezas y oficinas suficientes y á propósito para que las ocuparan durante el tiempo en que hicieran sus novenas; edificó además, un convento pequeño con seis celdas bastante estrechas.

Ese religioso cuidaba y aseaba la cueva que está casi en la mitad del cerro que es bien alto; la cueva con una bóveda de cerca de veinte piés de anchura, tiene la hermosura inculta de las obras de la naturaleza; los que entran á la gruta se sienten poseídos de respeto y admiración; abierta en la peña acantilada estaba casi inaccesible; fueron labradas allí escaleras de cantería y pasamanos, venciendo todos los obstáculos fray Bartolomé de Jesus María. Unos aseguran que esa y las otras cuevas que despues sirvieron de capillas, eran formadas por la naturaleza y otros que los indígenas fueron los artífices; pero careciendo éstos de instrumentos de fierro y acero, no parece posible que lograran realizar trabajos tan vastos.

Las muchas limosnas recibidas proporcionaron la construcción de un nuevo templo, que fué dedicado en 5 de Marzo de 1683. A él fué trasladada la imagen desde la primitiva cueva que no fué posible comprender en ese nuevo templo, cuyo frente da al Sur, teniendo una vistosa portada con cuatro gruesas columnas, coronadas por una almenilla que les sirve de capitel comun, con adornos sencillos pero elegantes, segun el gusto severo que caracterizó á todos los edificios pertenecientes á la Orden de San Agustin.

Además de la cueva principal, hay en el Santuario otras siete notables por la capacidad que ofrecen para habitacion y alojamiento. Al lado de aquella están varias destinadas á servir de capillas arregladas por fray Juan de San José, sucesor de fray Bartolomé en la custodia del templo; una de las capillas está dedicada á la Purísima Concepcion y la otra á la Virgen de Guadalupe, cuya imagen fué puesta en el interior; en ambas ermitas se formaron altares y se decia misa. En un ángulo de cada una de estas capillas están las estatuas que representan á los dos famosos ermitaños que residieron primero en aquel Santuario, puestos de rodillas y en actitud de hacer penitencia. Hay además otra capilla, llamada vulgarmente «El Calvario,» situada sobre la loma en la parte opuesta del rio, adornada con seis cuadros de la Sagrada Pasion y sobre el altar un crucifijo pintado y recortado en madera, muy parecido á la imagen de la gruta principal. Desde esa capilla hasta la iglesia, existen varias ermitas ó estaciones, distribuidas proporcionalmente para rezar el *via-crucis*. La última capilla está dedicada á San José y destinada para enterrar á los religiosos difuntos, por lo que generalmente se le llama «El Sepulcro;» éste era tan solo una corta bóveda subterránea, sin alíño; el maestro fray Antonio García Figueroa la arregló y dejó á propósito para sepultar; se halla bajo del presbiterio del templo y su pavimento llega hasta el cimiento de la pilastra del crucero; sus bóvedas y arcos están fabricados con mucho esmero; de las cuatro piezas construidas dentro del mismo recinto, una de ellas es la sacristía. Por dos puertas se entra á esa capilla, una interior y exterior la otra, aquella es de un arco en la ante-sacristía, con su puerta de reja de fierro, curiosamente trabajada,

desde la cual se baja por una escalera compuesta de treinta escalones de cantería, con techumbre labovada; sigue la escalera hasta el piso de la capilla y sale al nivel del fondo de la barranca frente al rio, por puertas de madera que estuvieron forradas de hojadelata y con portada de cantería. Hubo dificultad para comunicar luz á esa capilla. La puerta exterior está constantemente cerrada y tan solo se abre el Juéves y Viérnes Santo, para dar paso en la mañana de éste dia á una procesion que iba hasta la iglesia principal. El altar de esta capilla tuvo un grande colateral pintado de bermellon, en el nicho principal y bajo de bóveda está la imagen de Jesus Nazareno, en las tres caidas, y en otro nicho la de San José y á los lados San Joaquin y Santa Ana, San Agustin y Santo Tomás de Villanueva con trajes pontificales; tambien están colocados, á proporcionada distancia, los santos mas ilustres de la órden agustiniana, en esculturas de mediano tamaño. La puerta del sagrario del altar es artística; tiene tallados en medio relieve los pasos de la Pasion. En lugar especial están los cráneos ú otros restos de distintos santos mártires. A uno y otro lado de la capilla hay cuadros representando el apostolado, con pasajes del martirio y muerte de cada individuo; otros lienzos y pinturas adornan las paredes, siendo notable el del patrocinio de San José; candelas y faroles penden de la bóveda, el pavimento de la capilla es de tabla; contiguas unas á otras están las sepulturas de los religiosos. Lo silencioso del sitio, lo respetable de las imágenes, las medias tintas que bañan los sepulcros, hacen que aquel lugar excite impresiones raras y que el ánimo se sienta allí fuertemente afectado.

El templo principal tiene de extension cuarenta y ocho varas castellanas de largo y quince de ancho. En el centro del colateral ó capilla mayor, está la imagen del Cristo crucificado, en un nicho ochavado, construido á todo costo con vidrieras de cristales finos y entapizado el fondo de terciopelo morado, guarnecido con ancho galon de oro; la cruz asienta sobre una peana de metal adornada con seis ramilletes de plata. Cubre á la imagen una cortina corrediza de preciosa tela, habiendo varias de diversos colores rituales. Al pié del nicho y orlándolo está el Sagrario mayor, en cuya puerta de medio punto hay un claro cubierto por una vidriera de cristal fino; otro depósito menor está sobre una parte saliente, que sostiene seis blandones interpolados con maceteros, atriles y ramilletes de metal y varios alborzantes. El aspecto del altar es elegante y llama mucho la atención, componiéndolo piezas brillantes y en completa armonía. Hay á los lados del altar mayor otros dos menores, portátiles, donde aparecen dos buenos cuadros, representando uno la Virgen de Guadalupe y otro al Patriarca San José, bajo vidrieras. Adornan el presbiterio cuatro hacheros de gran tamaño, y aparecen los ciriales, la cruz magna y el atril diaconal de buen porte, dentro de un barandal ó crugia, coronada de seis sibilas de metal, todo lo cual da gran realce al altar y al presbiterio. Hay otros dos altares medianos, en las pilastras laterales del mismo presbiterio. En el cuerpo de la iglesia está un colateral dedicado á la Virgen de la Candelaria, muy celebrada cada año por los indígenas de Malinalco, que la llevan con gran aparato y re-